

# EL SIGLO QUE VIENE

Revista de Cultura

Sevilla, Junio de 1997

nº 30 (450 ptas.)



ISIDORO MORENO ROGELIO REYES ROSA NAVARRO DURAN LUIS GOMEZ CANSECO BIENVENIDO MORROS MESTRES  
J. VALENTIN NUNEZ RIVERA JOSE M. MICO MERCEDES COMELLAS AGUIRREZABAL ENCARNACION AGUILAR  
EDUARD DELGADO I CLAVERA JORDI PASCUAL I RUIZ JULIA UCEDA J.A. MORENO JURADO CARMELO GUILLEN  
ESPECIAL FERNANDO DE HERRERA Coordinación JUAN MONTERO



Portada: Ilustración de Manolo Cuervo

# Sumario

EL SIGLO QUE VIENE / 30

Dualismos de identificación **4** Isidoro Moreno

El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a F. Aguilar Piñal **10** Rogelio Reyes

El Mantón de Manila **15** Encarna Aguilar

XIV Festival de Música Antigua **19** Juan V. Rodríguez Yagüe

<b>22</b>	Retrato de Fernando de Herrera en blanco y negro	<b>22</b>
<b>27</b>	El humanismo sevillano en torno a Fernando de Herrera	<b>27</b>
<b>33</b>	Literatura y Medicina en Herrera: de las <i>Anotaciones a Algunas obras</i> .	<b>33</b>
<b>40</b>	Herrera y la poesía sevillana de su tiempo	<b>40</b>
<b>47</b>	Un lugar para Herrera en la poesía áurea	<b>47</b>
<b>51</b>	El rastro de la memoria: de Herrera a Bécquer	<b>51</b>

Fernando de Herrera

Nuevos poemas **57** Julia Uceda, J.A. Moreno Jurado y Carmelo Guillén.

Cultura y Barrios Urbanos **60** Eduard Delgado i Clavera y Jordi Pascual i Ruiz

Libros para conocer **64** Alfonso Braojos

Críticas y comentarios **67** Pilar Ostos, Antonio Collantes de Terán, José Antonio Colón Fraile, Gemma Alba y M<sup>a</sup> del Carmen Valderrama

Novedades editoriales **72**

Crónica cultural **74**

# El Humanismo sevillano en torno a Fernando de Herrera

Luis Gómez Canseco

**L**a construcción intelectual que Fernando de Herrera afrontó en su obra alcanza su pleno sentido a la luz del humanismo renacentista. Sólo en el marco de un entorno humanístico puede explicarse la complejidad y variedad de sus intereses, que abarcan la contemporaneidad de la *Relación de la guerra de Cipre y suceso de la batalla naval de Lepanto* (1572), la atención al cisma religioso en el *Tomás Moro* (1592), la reflexión literaria de las *Anotaciones a Garcilaso* (1580), la viva polémica con la *Respuesta* al prete Jacopín, la preocupación científica, la historia universal y la filosofía en las obras perdidas que menciona Francisco Pacheco en su *Libro de verdaderos retratos* y la poesía amatoria, épica o bíblica.

En esta relación de escritos y estudios pueden seguirse, de un modo u otro, las líneas esenciales del humanismo en el Renacimiento europeo. Si se acepta un ejercicio de simplificación, podríamos hablar de dos humanismos en la geografía intelectual de Europa en el período que va de los últimos años del siglo XV al primer tercio del XVII. El primero llega del sur, desde Italia, y tiene sus raíces en la obra

de nombres tan ilustres como Petrarca, Coluccio Salutati, Lorenzo Valla o Pico de la Mirandola; el otro nace en el norte, en Alemania y Flandes, y su emblema personal fue Erasmo de Rotterdam. Aquél fue erudito y clasicista; éste religioso y bíblico. Uno ciceroniano o senequista, pero atento al latín o al griego de los escritores y los oradores antiguos; otro, también al griego, pero junto con el hebreo y en tanto que lenguas bíblicas. Si los primeros prefirieron mirarse en la poesía de Horacio o de Virgilio, los segundos se vieron reflejados en los versículos de Isaías, de Jeremías, de David o del *Cantar de los Cantares*. Aunque a veces aparecieran enfrentadas, esas dos formas de humanismo no fueron en absoluto incompatibles, ya que unos y otros entendieron, con el Brocense, “que no es posible penetrar en los misterios de los dos Testamentos, sin conocer los poetas, oradores e historiadores de Grecia y Roma”. Valgan los ejemplos del propio Erasmo, de Juan Luis Vives, de Nebrija, de Cipriano de la Huerga o de Hernán Núñez.

La Sevilla del XVI, convertida, según el chascarrillo cervantino, en “*Roma triunfante en ánimo y grandeza*”, fue una ima-

gen fiel de ese panorama intelectual europeo. Vamos a trazar la línea del humanismo hispalense a lo largo del Quinientos, aunque la brevedad de la página y la amplitud del tema nos obliguen a hacerlo con un trazo grueso y rápido.

La última carta que Erasmo dirige a sus correspondientes sevillanos tiene fecha de diciembre de 1533, tres años antes de su muerte. Estos amigos "desconocidos y lejanos" eran los hermanos Cristóbal y Pedro Mexia, que encabezaron las primeras manifestaciones del humanismo sevillano. Antes, en 1520, el canónigo Diego López de Cortegana había publicado la *Querella de la paz* de

Erasmo en un volumen de traducciones que incluía a humanistas italianos como Eneas Silvio Piccolomini. Era sólo un adelanto de la invasión erasmista. Pedro Mexia (1499-1551) no sólo había imitado a Apuleyo y Luciano en su versión del *Laus Asini*, sino que siguió las propuestas de Erasmo para la literatura en sus *Coloquios* y en la *Silva de varia lección*.

Pero Pedro Mexia fue más humanista y erudito que erasmista. La verdadera bandera de Erasmo la enarbolaron en Sevilla tres canónigos de la catedral hispalense. Juan Gil, Francisco de Vargas y Constantino Ponce de la Fuente formaron parte de la generación que salió de las au-



Retrato de  
Juan de  
Maílara  
por Francisco  
Pacheco

las complutenses hacia 1530. Sus circunstancias biográficas les llevaron a coincidir de nuevo en Sevilla y a defender las ideas del humanismo cristiano. Las consecuencias fueron trágicas: en 1552, el doctor Egidio sufrió una breve prisión y un auto de fe público, en el que se retractó de sus ideas; en 1559, también en auto de fe y bajo la acusación de herejía, murió Francisco Fox, miembro de la famosa comunidad luterana de San Isidro del Campo y hermano de Sebastián Fox Morcillo; ese mismo año moría en prisión Constantino Ponce de la Fuente, magistral entonces del Cabildo catedralicio, y que, según dictaba su sentencia, fue luego desenterrado y quemados sus huesos, al tiempo que lo era en efigie. La sentencia se hizo efectiva el 20 de diciembre de 1560.

Fernando de Herrera tenía veintiséis años cuando se celebró el auto de fe contra Constantino Ponce de la Fuente. En la historia del humanismo sevillano asistimos a un salto en el vacío. Parece como si para las dos generaciones de sevillanos que van de Malara a Juan de Robles los nombres de Gil, Vargas o Constantino se hubieran disuelto en la memoria. Pero, sin duda, no fue así; al menos para el primer grupo. Más bien se trató de una lección de autocensura que los sevillanos aprendieron en cabeza ajena.

El humanismo sevillano de la segunda mitad del XVI pasa por dos hombres emblemáticos y casi contemporáneos: Juan de Malara (1524 -1571) y Benito Arias Montano (1527-1598). Malara había abierto cátedra de latinidad en Sevilla que llegó a convertirse en academia humanística para los ingenios locales; pero tam-

bién había escrito algún encomio de Constantino, que fue causa de su paso, breve y suficiente, por la cárcel inquisitorial de Triana en 1561. Después de esta experiencia, sólo encontramos el silencio y el humanismo transparente, aun en su erasmiana *Philosophía Vulgar*. Malara es, sin embargo, el eslabón que une el nombre de Fernando de Herrera a la tradición humanística y culta de Sevilla; no en vano vemos al poeta aceptando los ánimos y el consejo de Malara en sus *Anotaciones* o escribiendo una tristísima elegía con ocasión de su muerte.

En el otro extremo aparece Arias Montano, que volvió a Sevilla en 1576, 25 años después de la muerte de Malara y estando ya el estudio de éste regido por Diego Girón. Cuando Montano haga memoria de Malara, lo hará como de alguien más o menos lejano: “*un maestro de latín, Malara —escribía en 1592 al arzobispo de Granada—, que enloquecía a los hombres hallando invenciones de enterrar escritos que prometían tesoros escondidos*”. Montano llegó a Sevilla en 1541 y estudió en su Universidad hasta 1547. En seis años conoció lo suficiente a Pedro Mexía como para componer un soneto laudatorio para su *Historia imperial y cesárea*. Es probable también que date de entonces su amistad con Francisco Pacheco, que se había graduado en artes y filosofía por la misma universidad en 1555, y Simón de Tovar, que también estudió y se doctoró allí. En 1556 lo vemos de nuevo en la ciudad cursando artes y comprando los libros de Sebastián Fox Morcillo por 6.000 maravedies. Tras su estancia en Flandes y en

Italia, Arias Montano volvió periódicamente a Sevilla y se estableció allí de modo definitivo en 1592, al ser nombrado prior del convento de Santiago de la Espada.

Su reencuentro con la ciudad no se produjo a través de los círculos intelectuales, sino de un entorno de mercaderes y hombre públicos, cuyos nombres reaparecen en su biografía: Gaspar Vélez de Alcocer, Luis Pérez, Pedro Vélez de Guevara o Marcos Núñez Pérez. Desde este círculo de deudos y sobre las amistades intelectuales de su juventud, Montano formó un pequeño cenáculo entre los humanistas sevillanos que, al parecer, se reunía en su finca del Campo de Flores. Entre ellos se contaban médicos, juristas, clérigos, poetas y pintores. Hagamos una breve nómina: Francisco Pacheco, para entonces canónigo; el secretario del arzobispo, Francisco de Medina; el médico y botánico Simón de Tovar, correspondiente de Carolus Clusius; Pedro Vélez de Guevara, jurista, filósofo, erudito y prior de ermitas del arzobispado; el teólogo Juan del Caño; Francisco Yáñez; los doctores Sánchez de Oropesa, Aguilar y Ladínez; el pintor Pablo de Céspedes; y, entre los más jóvenes, Luciano de Negrón o Pedro de Valencia. Para todos ellos Montano significó una puerta abierta hacia el nuevo mundo de la ciencia, el conocimiento y la espiritualidad que representaba Flandes. Una imprenta y, a su alrededor, un grupo de sabios era poco menos que un sueño para cualquier hombre culto del siglo XVI. La mediación de Montano estableció lazos intelectuales entre Sevilla y Amberes que duraron hasta bien entrado el siglo XVII.

Todo esto coincidió con los años de mayor fertilidad para Herrera, que en 1572 había publicado su *Relación de la guerra de Cipre* y que cierra su labor editorial con el *Tomás Moro* de 1592. A pesar de esta significación pública, no se encuentra mención que vincule explícitamente los nombres de Arias Montano y Herrera. Se mueven, eso sí, en los mismos ámbitos, cultivan las mismas amistades, pero parece como si el trato humano los hubiera alejado. Aún así se descubren lazos entre esas dos presencias en la Sevilla de la segunda mitad del siglo. El principal vínculo entre Herrera y Montano fue la figura del canónigo Francisco Pacheco (1535-1599), amigo permanente de ambos escritores, con los que comparte ocios, aficiones y proyectos: la *Sátira contra la mala poesía*, su presencia en las *Anotaciones* ("cuya autoridad por su mucha erudición tiene conmigo valor", apunta Herrera) o los sonetos que éste le dedica nos dan testimonio de su amistad con el poeta; por su parte, el humanista le dedica un salmo en su último libro, *In XXXI Davidis Psalmos priores commentaria*, le ayuda en el proyecto de decoración del Antecabildo y la Sala Capitular de la Catedral y el propio Pacheco, en su poema *De constituenda animi libertate ad bene beateque vivendum*, hace memoria de la amistad y la sabiduría de Montano y propone seguirle en el ejemplo de su vida retirada. El poema estaba dedicado a Vélez de Guevara, deudo y amigo de Montano y cuyo libro *Coena romana* se abre con un poema de Herrera. También el pintor Pablo de Céspedes, artífice del proyecto de Pacheco

para el Cabildo, el maestro Medina, Luciano de Negrón o los Alcázar aparecen como amigos de ambos humanistas, según se deduce de la correspondencia y de testimonios como los de Rodrigo Caro o el *Libro de retratos*.

Todas estas relaciones nos hacen pensar en el trato y el conocimiento de Montano y Herrera, e incluso de todo el grupo de ingenios sevillanos de fines del XVI, Baltasar del Alcázar, Francisco de Medrano, Cristóbal Mosquera de Figueroa o Gonzalo Argote de Molina, amigos también de Pacheco. Este vínculo entre el poeta y el humanista se consagró en la siguiente generación, cuando el segundo Francisco Pacheco, el pintor sobrino del canónigo y suegro de Velázquez, afrontó

la edición de los *Versos de Fernando de Herrera emendados i divididos por él en tres partes*. La obra, por su intención de editar al poeta emblemático de la ciudad y los nombres de los que colaboraron con el pintor —Francisco de Rioja y Enrique Duarte—, se convirtió en un monumento cultural de la Sevilla del XVII. Y fue precisamente Pedro de Valencia, el principal discípulo de Montano y entonces cronista real en Madrid, el encargado de firmar la aprobación de la obra en 1617: “...i por la estimación que se deve a la buena memoria d’el Autor, i la elegancia de sus Poesías: que en ingenio, erudición i lenguage se pueden comparar con las que más, en este género, celebró la antigüedad, i preferir a muchas



Retrato de  
Benito Arias  
Montano  
por Francisco  
Pacheco

*de las que oí se precian las Naciones extranjeras".*

Estas palabras no son sólo un elogio, sino una de las claves para entender la obra poética de Fernando de Herrera en el marco del humanismo sevillano. El *ingenio*, la *erudición*, la asimilación a la *antigüedad* y la comparación con las obras "de las que oí se precian las Naciones extranjeras" nos sitúan en la lectura humanística que Pedro de Valencia hace de la obra herreriana y que probablemente correspondía a la voluntad de su autor. Como fruto del humanismo, la poesía de Herrera nace, en efecto, de la erudición y del estudio, conforme a la propuesta de Horacio en su *Epistola a los Pisones*: "*Scribere recte sapere est et principium et fons*". Al mismo tiempo, el modelo herreriano es una construcción intelectual y artificiosa sobre los paradigmas clásicos y los petrarquistas.

A pesar de ello, hay tres cosas que singularizan el proyecto humanístico de Herrera frente al humanismo montaniano y, en general, frente al humanismo sevillano: la concentración en la creación poética como labor preferente, por encima del comentario o la glosa de textos ajenos; la ausencia de la reflexión religiosa y la opción por un humanismo más laico que cristiano; y, por último, la elección del castellano como vía de expresión frente a la preeminencia del latín y como defensa de la propia lengua nacional.

Los dos ámbitos fundamentales de la poesía herreriana, el amatorio y el heroico, tienen una vinculación peculiar al humanismo. Su poesía amorosa es consecuencia de un ejercicio esencialmente intelectual, la reflexión sobre los modelos poéticos precedentes. Esa reflexión le

conduce a una reconstrucción práctica del modelo petrarquista en sus versos y a una acción teórica sobre el mismo, reflejada en las *Anotaciones*. Pero si la poesía amatoria de Fernando de Herrera es un elemento ajeno al mundo intelectual de Arias Montano, su poesía épica está, sin duda, vinculada a la recuperación de la poesía bíblica que se propuso por parte del humanismo cristiano.

La generación de humanistas formada en las aulas complutenses bajo la tutela de Cipriano de la Huerga y de la que forman parte no sólo Montano, sino fray Luis de León, Alfonso García Matamoros, Pedro Vélez de Guevara o Pedro Quirós, defendió la opción de una poesía religiosa basada en el modelo bíblico. La propia poesía latina y castellana de Montano, de Quirós o de Pacheco son fiel reflejo de esa opción, que tuvo una importantísima implantación en la Sevilla del XVI. La poesía heroica herreriana y, de modo especial, la *Canción a la batalla de Lepanto* y la canción *Por la pérdida del rey don Sebastián* responden a esas propuestas. Herrera sigue el modelo del himno o la lamentación, reproduce una sintaxis y una retórica tomadas del Antiguo Testamento, acude con frecuencia cada vez mayor a las citas bíblicas y, muy especialmente, a la paráfrasis de los *Salmos* y defiende en sus poemas los ideales mesiánicos y providencialistas tomados de las Escrituras y defendidos también por el entorno montaniano. Es en esta afinidad donde podemos encontrar el rastro más significativo de la presencia del humanismo montaniano en la obra de Herrera y su vinculación al entorno intelectual de la Sevilla del Quiñientos. ■